

## ORACIÓN

Dios de bondad y misericordia, Tú reanimas nuestra fe con la celebración anual de las fiestas pascales, concédenos:

- abrir nuestros corazones y nuestras vidas a la PAZ que nos quiere comunicar cada día tu Hijo Jesús resucitado y Viviente,
  - recibir su Espíritu que nos dé vida, aliento y esperanza,
  - y sabernos “dichosos” por creer en Él a pesar de no verle con nuestros ojos.
- Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. AMEN.

## TEXTO

### LUCAS 10,1-24

«<sup>10</sup>1Pero después de esto, **el Señor** estableció a **otros setenta y dos** y **los envió** de dos en dos delante de su rostro, a cada ciudad y lugar adonde tenía que ir **él**.

<sup>2</sup>Pero les decía: “La *mies* es mucha, pero los *obreros* pocos; así que **rogad al señor de la mies**, para que mande *obreros* a su *mies*.”

<sup>3</sup>Id: he aquí que **os envió** como carneros en medio de lobos.

<sup>4</sup>**No** llevéis bolsa, **ni** alorja, **ni** sandalias; y a **nadie** saludéis por el camino.

<sup>5</sup>En cualquier casa adonde entréis, **decid primero**: ‘**Paz a esta casa**’; <sup>6</sup>y si hay allí un **hijo de paz**, **vuestra paz** reposará sobre él; pero si no, volverá a vosotros. <sup>7</sup>Pero **quedaos en esa casa**, comiendo y bebiendo lo que tengan; porque digno es *el obrero* de su salario. **No** vayáis de casa en casa. <sup>8</sup>Y en la ciudad donde entréis y seáis acogidos vosotros, **comed** lo que se os sirva <sup>9</sup>y **curad** a los enfermos que haya en ella y **decidles**: ‘Se ha acercado hasta vosotros **el reino de Dios**’.

<sup>10</sup>Pero en cualquier ciudad adonde entréis y no seáis acogidos vosotros, saliendo a sus plazas **decid**: <sup>11</sup>‘Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se ha pegado a nuestros pies, lo limpiamos para vosotros. Sin embargo, sabed esto: que se ha acercado **el reino de Dios**’.

<sup>12</sup>Os digo que Sodoma será tratada en aquel día con más clemencia que esa ciudad.”

<sup>13</sup>¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón hubieran ocurrido los milagros ocurridos en vosotras, hace tiempo que, vestidas de saco y sentadas en la ceniza, se habrían convertido. <sup>14</sup>Sin embargo, Tiro y Sidón serán tratadas con más clemencia en el juicio que vosotras.

<sup>15</sup>Y tú, Cafarnaún, ¿serás elevada hasta el cielo? ¡Hasta los infiernos descenderás!

<sup>16</sup>El que os escucha me escucha y el que os rechaza me rechaza; pero el que me rechaza, rechaza al que me ha enviado”.

<sup>17</sup>Pero **los setenta y dos** volvieron con alegría diciendo: “**Señor**, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”.

<sup>18</sup>Pero les dijo: “Contemplaba a Satanás como un rayo cayendo del cielo. <sup>19</sup>He aquí que os he dado *la autoridad* de pisotear serpientes y escorpiones, y sobre todo *el poder* del enemigo, y nada podrá dañaros. <sup>20</sup>Sin embargo, no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos más bien de que vuestros nombres están inscritos en los cielos”.

<sup>21</sup>En esta hora, se llenó de gozo en **el Espíritu Santo** y dijo: “Te doy gracias, **Padre, Señor del cielo y de la tierra**, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los inteligentes, y se las has revelado a los pequeños. Sí, **Padre**, tal ha sido **tu beneplácito**. <sup>22</sup>Todas las cosas me han sido entregadas por **mi Padre** y nadie conoce quién es **el Hijo** sino **el Padre**, ni quién es **el Padre** sino **el Hijo** y aquel a quien **el Hijo** se lo quiera revelar”.

<sup>23</sup>Y, habiéndose vuelto a **los discípulos**, dijo en privado: “Dichosos los ojos que ven lo que veis. <sup>24</sup>Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron”.

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (10,1-20)

- Lo esencial de esta perícopa está constituido por un discurso de Jesús (vv. 2-16) que, como de ordinario, acaba con una advertencia sobre la obligación de escucharle. En este discurso no se desarrolla una argumentación, sino que se van sucediendo una serie de sentencias de diversa forma y contenido (metáfora, v. 2; comparación, v. 3; prescripciones, v. 4; reglamentación con indicaciones sobre los motivos, vv. 5-13; lamentación, vv. 14-15; oráculo sapiencial, v. 16). Esta colección de sentencias va precedida de una breve escenificación (v. 1) y seguida de un diálogo (vv. 17-20), en el que lo esencial es un nuevo discurso de Jesús, más breve. Este segundo discurso está formado por tres sentencias, una de sabor apocalíptico (v. 18), otra de carácter jurídico (v. 9) y la tercera de índole catequética (v. 20).
- V. 1: Es Jesús como «Señor» el que interviene. El verbo «designar», «instalar», «establecer» puede revestir cierta oficialidad. La coordinación de verbos («estableció... y... envió») señala que el establecimiento tenía una finalidad: el envío. Los escogidos son «otros» discípulos, distintos de los Doce (9,1) y no otros distintos de los enviados a Samaria (9,52). Su número tiene que corresponder *al de las naciones*, fijado por el pensamiento judío. La tradición manuscrita de Lc 10,1, como la tradición judía, oscila entre los setenta y los setenta y dos. Fieles a la regla misionera enunciada también por Marcos, irán de dos en dos. Su misión es todavía un *envío preparatorio*: irán «delante de su rostro»; Lucas insiste: «adonde tenía que ir él». El discurso que sigue va en contra de esta perspectiva, ya que nunca se vuelve a hablar de la marcha de Jesús siguiendo las huellas de los setenta y dos.
- V. 2: La metáfora de la «mies», que se aplica en la Escritura sobre todo al juicio, toma a veces un sentido positivo. Es lo que sucede aquí y en Jn 4,35. El Señor de la mies hace su entrada con energía, pero el gozo se ve amenazado por la falta de obreros. La oración tiene que surgir brotando de este temor. Tal es el sentido del v. 2 tomado en sí mismo; pero puesto en su contexto actual sugiere que el envío por Jesús (vv. 2-3) tiene que corresponder a la intención de Dios. Señala además que la marcha misionera comienza con una oración.
- V. 3: «Id»: Lucas añade este imperativo para insertar este versículo en la serie exhortativa. A pesar del miedo, de la falta de preparación y de los medios limitados, *hay que ir*. La nota de confianza, de calma, de ausencia de preocupaciones que contiene el verbo «ir», contrasta con lo siguiente: corderos en medio de lobos. Esta situación peligrosa evoca el sentimiento de los primeros cristianos en su entorno judío, mas por otra parte el recuerdo de la Escritura (Is 11,6: «el lobo habitará con el cordero») permite esperar una reconciliación escatológica.
- El v. 4 se preocupa del viaje: empieza limitando el equipaje todo lo posible, como lo había hecho 9,3. Nada de «bolsa», ni de «alforja», ni de «sandalias». Jesús llega incluso a prohibir lo mínimo que cualquier viajero tiene que llevar consigo. Como vimos a propósito de 9,3, estas prescripciones, típicas del radicalismo de la fuente Q, habían perdido su actualidad en tiempos de Lucas (cf. 22,35-38). Pero el evangelista las transmite por deferencia. Lo que desea subrayar es *la fragilidad del misionero y su dependencia del Señor y de los habitantes del lugar visitado*. Pero lo más importante es que el desposeimiento no es ya para Lucas un signo de la inminencia del reino de Dios, sino el recuerdo de un pasado ideal, de un tiempo en el que la presencia de Jesús garantizaba la paz y la seguridad.  
El v. 4 transmite a continuación una prohibición enigmática: la de saludar por el camino (en contraste con el saludo del v. 5). Se han propuesto varias explicaciones: la prisa escatológica, la concentración en lo esencial, el miedo a ciertos contactos y a su seducción, el entrenamiento para sufrir la hostilidad. Es importante *la elección de las prioridades*: es al llegar a su destino donde el enviado pronunciará sus saludos, que no son simples formalidades, sino el enunciado de una paz ofrecida por Dios mismo.

- Vv. 5-7: Es una experiencia misionera lo que está en el fondo de esta composición literaria. Antes de la proclamación pública tienen que establecerse *contactos personales*. La casa es el lugar de los primeros encuentros. Se valoran los gestos profanos del comer, el beber y el descansar, ya que sirven de mediaciones para la comunicación del evangelio. La «paz» religiosa que precede a los enviados confiere a su misión una dimensión

sagrada. En aquella época las palabras todavía tenían peso: la paz es la plenitud de vida y de relaciones, la felicidad dinámica y concreta, la señal del Reino mesiánico. Este es el saludo verdadero. Un saludo que se opone a las maldiciones tan extendidas. El Dios que envía (vv. 3-5) es también el que acompaña, ya que se trata de su paz.

Los misioneros se quedarán en la primera casa que les acoja: es este gesto de hospitalidad lo que cuenta y no la comodidad o el lujo. Basta con que se encuentre allí un «hijo de paz», para que se despliegue la comunicación del evangelio. No es necesario que haya un padre que imponga su creencia a todos los demás, como en la antigua religión del deber. Solo cuenta la presencia de uno de esos pequeños de los que se hablará en 10,21.

- Vv. 8-9: Más amplia que la casa, la ciudad representa el campo de la misión. De Galilea a Jerusalén y de Jerusalén a Roma, la obra de Lucas se desarrolla gracias a toda una red de ciudades. La ciudad es el lugar de la vida, de la historia, del poder, de la conversión, de la implantación, luego de la edificación de las iglesias, de la aceptación o del rechazo colectivo del evangelio. La atención que dirige Lucas a las ciudades coincide con su interés por las mediaciones. En otras palabras y en resumen, el v. 8 repite para la ciudad lo que los vv. 5-7 decían para la casa. Los misioneros empiezan su tarea: el v. 9 resume la misión de la Iglesia. Como de ordinario, el evangelista sitúa la acción («curar») antes de la palabra («decir»).
- Vv. 10-11: El rito del polvo corresponde a la solución preconizada para los Doce, 9,5. Nuestro texto insiste en su carácter público («en sus plazas»), prevé una palabra que confirme el gesto («decid») y describe el polvo insistiendo en él con cierta pesadez (literalmente, «el que se ha pegado a nosotros de vuestra ciudad en los pies»). Pero utiliza otro verbo, menos violento que en 9,5: allí se le hacía caer sacudiéndolo; aquí se quita limpiándolo. Finalmente, el gesto servía en 9,5 de testimonio contra los habitantes; aquí se sugiere que los discípulos se lo dejan o se lo devuelven a los habitantes de la ciudad. Esto significa: «estamos en paz», «no nos llevamos nada», es decir, el fin de una relación y no un gesto de condena.
- V. 12: La ciudad, entidad colectiva, puede ser tan responsable y culpable como el individuo. La tradición evangélica sigue aquí la tradición bíblica que se atrevía a condenar a Babilonia, a Nínive, a Sidón, a Jerusalén o a Sodoma. Familiarizado con las hipérboles, Jesús condena a la ciudad, que ha rechazado la predicación del Reino, a una suerte peor que la de la ciudad más culpable de las ciudades de la antigua alianza. El lector descubre que es más grave cerrarse a la proclamación evangélica del reino de Dios que a la ley o a los profetas.
- Vv. 13-14: Se critica entonces a dos ciudades de Galilea. El doble «¡ay!» expresa una lamentación más que una maldición. El lenguaje aquí hace algo más que constatar y algo menos que condenar. En solidaridad con el Dios que juzga, Jesús vislumbra proféticamente la suerte inexorable que aguarda a esas dos ciudades. La culpa fatal de Corozáin y de Betsaida fue, a diferencia de Nínive, que *no se arrepintieron*. La temática es bíblica: Dios ofrece una última oportunidad gracias a la proclamación de un profeta o la evidencia de un signo: los «signos poderosos», «milagros», realizados «entre vosotros» (por Jesús, se sobreentiende) no han sido seguidos por ningún arrepentimiento. Las ciudades recalcitrantes no han sabido adoptar la actitud de los penitentes, vestirse de un «saco» de piel de cabra y sentarse sobre un montón de cenizas, cubriendo con ellas su cabeza. Ante unos signos semejantes, ante tales milagros, las orgullosas ciudades extranjeras se habrían inclinado mucho antes (*palai*) delante de Dios y habrían hecho penitencia. Su suerte escatológica («en el juicio») será más tolerable que la de las ciudades de Galilea.
- Vv. 15-16: La voz se hace entonces más urgente («y tú, Cafarnaún»). Se palpa la emoción, la tristeza y la decepción de Jesús. El antiguo oráculo contra Babilonia (Is 14,14-15) se vuelve aquí contra una ciudad de Israel, Cafarnaún, la ciudad por excelencia donde resonó el mensaje de Jesús. Se ignora cuál fue la ambición de esta ciudad, pero se capta en seguida el destino que le aguarda: la caída a los infiernos.

Lucas acaba este discurso dirigido a los setenta y dos afirmando la solidaridad entre los mensajeros y aquel que los envió (cf. 9,48). Se manifiesta así un circuito de comunicación: parte de Dios («el que me ha enviado»), pasa por Jesús («me») y alcanza a los discípulos («vosotros»). El no ser escuchados y el verse rechazados será para los misioneros una experiencia dolorosa. Pero, maltratados e incomprensidos, los discípulos encontrarán su consuelo en la comunión con el Padre y el Hijo.

- Vv. 17-19: Los enviados regresan y cuentan lo sucedido. El lector constata que el éxito de los mensajeros se expresa en términos de exorcismo y no de conversión. La sentencia de Jesús en el centro de la unidad (v. 18) lo confirma. Esta es la convicción cristiana: desde la venida de Jesús, las fuerzas demoníacas han quedado aplastadas; los demonios se someten al poder y al «nombre» de Jesucristo (v. 17b). Esta convicción constituirá el éxito del cristianismo. La fuente del gozo cristiano está, sin embargo, en otra parte: en la convicción de ser conocido y estar protegido por Dios.
- V. 20: Lo que les alegra, lo que debe alegrarles, no es la euforia seductora de la victoria, sino la certeza inquebrantable de que Dios los ama. Decir que nuestros nombres están inscritos en los cielos (o en el libro de la vida: Ap 3,5) es creer que solo la memoria de Dios asegura la continuidad de nuestra vida hasta la eternidad. Este convencimiento, fuente de gozo, es lo que constituye el objeto de nuestra esperanza contra toda esperanza (Rm 4,18).

## SEGUNDA UNIDAD (10,21-24)

- Existe en el judaísmo, en la tradición apocalíptica, un esquema de plegaria de acción de gracias. Feliz por haber tenido una revelación, el vidente, inspirado, deja explotar su gratitud. Insiste en el momento bendito que atraviesa, alaba como creador al Dios que acaba de manifestarse, relaciona así el principio con el fin y se inclina ante el plan divino de la salvación. Estos diversos elementos, presentes en el libro de Daniel, modelo literario de los apocalipsis judíos y cristianos, aparecen en la redacción de Lucas: en «esta hora» Cristo es «transportado de alegría», y es «en el Espíritu santo» como se regocija y ora. Su oración es precisamente una acción de gracias que invoca a Dios como creador. La fórmula «Señor del cielo y de la tierra» es más rara. Con «Padre» y «Señor del cielo y de la tierra» el evangelista dibuja los dos rasgos complementarios del Dios único, su fuerza de creación y su voluntad de redención.

La continuación del v. 21 expresa el motivo de la oración («porque»), frecuente en los salmos y presente en el *Magnificat* y en el *Benedictus*. La causa de la alabanza se remonta a una acción de Dios, expresada bajo la forma de un paralelismo antitético de contenido apocalíptico («ocultar»-«revelar»). Una novedad respecto a los antecedentes judíos expresa *la intrepidez de los cristianos*: según su tradición, los apocalípticos alababan a Dios por haber manifestado su designio a los sabios, es decir, a ellos mismos. Jesús, y tras él los cristianos, que se sienten ciertamente los destinatarios de la revelación, saben que no forman parte de la élite intelectual de Israel. No desean ni se atreven a llamarse sabios. Al contrario, para cualificarse adoptan un término de Jesús: los «pequeños». La polémica es manifiesta. Los cristianos acogieron con valentía esta actitud. Entonces nació una nueva categoría de creyentes; socialmente peor situados, culturalmente menos sabios. Esos «pequeños» se caracterizan por su dependencia, su capacidad de escuchar y la calidad de su acogida. Niños y creyentes, los «pequeños» tienen su propio carácter. Algunos pasajes como 9,46-48; 10,25-42 y 12,1-59 permiten precisar su identidad y hay varios relatos que esbozan su retrato (18,35-43, el ciego; 19,1-10, Zaqueo; 19,28-44, la gente). El mismo Hijo, que dice haberlo recibido todo del Padre (v. 22), es también uno de esos «pequeños». Sin la conciencia de ser «hijo», con minúscula, no sería el «Hijo» con mayúscula.

Manifiestamente apocalíptica, la oración de Jesús, en la situación judía de su época, es valiente y original. Según los primeros cristianos, descubrir la atención de Dios por los «pequeños» será dar pruebas de una solicitud social tanto como étnica; será acoger tanto a los económicamente débiles como a los paganos despreciados en Israel. Curiosamente, el mensaje comunicado por el que se dan gracias sigue siendo voluntariamente vago: «estas cosas». Por tanto, la oración presupone el contenido de la revelación, pero el autor no creyó conveniente mencionarlo. Asociando la oración a la visión de la caída de Satán (v. 18), Lucas ha mostrado su buen tacto literario (los dos pasajes mencionan una revelación de arriba), y ha mostrado quizás el contenido de esa revelación imprecisa para el lector, a saber, *la caída de Satanás* como signo precursor de la irrupción del reino de Dios.

La oración continúa con una afirmación (cf. el «sí»). Con osadía, el orante se atreve a remontarse desde los actos de Dios («has revelado») hasta la intención divina («beneplácito»). Esta sentencia (v. 21d) tiene cierto sabor litúrgico: se parece a un responso o una antifona. El texto puede leerse entonces como si un segundo creyente respondiera al primero prosiguiendo la acción de gracias. Esta respuesta es ante todo la expresión de una adhesión, de un sí, la firma de un acuerdo.

- La siguiente sentencia (v. 22) tiene un origen distinto del de la oración anterior. Jesús se expresa aquí a la manera del Hijo del hombre: ha recibido de Dios una misión de representante. Lucas, en todo caso, no duda de que sus lectores tienen una doble pre-comprensión, la de un padre divino y la de un intermediario entre ese padre celestial y sus hijos terrenales. Ese Hijo tiene un nombre, Jesús, y ese Padre es el Dios de la creación y de Israel. En el v. 21d teníamos el designio de Dios. Aquí tenemos la voluntad del Hijo (v. 22). Estas dos voluntades están en armonía. Esta fórmula es sobre todo la revelación de una relación interpersonal totalmente inédita: la relación del Padre y del Hijo no es exclusiva, sino inclusiva. A pesar de las apariencias, funciona según un modelo ternario y no binario. El Padre y el Hijo se conocen mutuamente con un conocimiento que, teniendo en cuenta el substrato semítico, está marcado por el afecto tanto como por la inteligencia mutua. Cuanto más se conocen, más intentan introducir a los otros en el circuito de su mutuo afecto. Por tanto, no es solamente la revelación de Dios, el designio de Dios, sino Dios mismo el que aquí se manifiesta. Aquí el tercer polo no es el Espíritu Santo, sino el pueblo de Dios, el grupo privilegiado de los «pequeños». De ahí la bienaventuranza.
- De esta forma el cristianismo toma sus distancias frente al judaísmo y se prepara para la ruptura. Sin embargo, pretende realizar las esperanzas de todo el pueblo de Israel, representado por sus numerosos profetas y sus reyes sucesivos. Los unos y los otros son concebidos, no como jefes, sino como antenas que apuntan hacia el cielo. ¿No fueron los profetas los receptores de oráculos y de visiones? Y los reyes (pensemos en David y en Salomón), ¿no fueron colmados por Dios de talento, de sabiduría y de ciencia?

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?